

chido de amarguras, exclamaba: «yo soy su asesino», y pedía perdón á estas víctimas, las cuales ignoro si lo perdonaron; mas, si lo perdonaron, sé que no consiguieron asociar á su piedad la conciencia y la Historia, completamente implacables. Pues lo mismo le sucedió á Suleau. Se cogen á manos llenas las frases felices en los artículos suyos, como estas: «Los arlequines se hacen antropófagos y el pueblo toma por leyes las linternas de donde cuelga en racimos á las gentes honradas.» Con flechas así hería fácilmente los personajes y los dogmas revolucionarios, quienes, malheridos, contra él se revolvían, en luchas legales, si lo pescaban por un desacato legalmente pünible; á palos y á puñetazos, cuando las leyes no tenían fuerza y los tribunales autoridad bastante á reprimir ó castigar la premeditada mortal ofensa. Muy dado á promover escándalos diarios, y muy persuadido de que no prenderá el escándalo en parte alguna, como en las causas y procesos, busca estas coyunturas de llamar sobre sí el público interés, y cuando no las encuentra, las requiere de los magistrados en artículos irreverentes, pero donosísimos. «Heme dado, escribía dirigiéndose al presidente de un tribunal que lo procesaba, heme dado al recreo y al gusto míos predilectos, cometiendo nuevo crimen de lesa nación; os lo advierto.» Así lo buscaban á la continua, lo prendían; y preso, pasaba tarjetas á sus correligionarios fechadas en las cárceles, «su habitual y seguro domicilio.» Encerrado en un calabozo de Amiens consumía el tiempo hablando pestes del tribunal que debía juzgarlo y luego escribiéndolas. Cuando lo llevaban personalmente al juicio se movía como payaso en circo; cantaba las canciones más irreverentes como si el templo de la justicia constitucional fuese un café-concierto; hacía muecas de todo género acompañando retruécanos en frases llenas de insultos que olían á desacato sistemático. Mientras le formaban causa por un lado, cometía cualquier delito por otro lado, quejándose con amargura de que los tribunales de investigación, creados por la Constituyente para perseguir los conatos reaccionarios de obra y de palabra, no hubiesen denunciado folletos suyos contra los legisladores, «mucho más divertidos que el acusado, y que les hubieran hecho reír á mandíbulas batientes.» No hay para qué añadir cómo se gozaban los blasonados señores de la galería con todas estas cosas. A las sociedades aristocráticas les gusta mucho la guerra de alfilerazos. Así clavaban sus agujas del moño aquellas grandes señoras en el corazón de los liberales como en sus propios acericos. Y la más virtuosa entre todas las realistas, picaba en deseos y en mientes la lengua de Mirabeau y la lengua de Vergniaud, como aquella célebre mujer de Marco Antonio llamada Fulvia picó la lengua de Cicerón. Y así á Suleau celebraban los nobles, celebraban á su gracioso bufón en todas partes; le seguían donde quiera representaba sus comedias anunciadas en relaciones parecidas á los recitados dichos por el gracioso antiguo sobre las piezas cómicas ó sainetes en que tomaba parte; movíanlo y excitabanlo á la gran pelea en que los venablos eran frases acerbísimas; y luego lo dejaban solo, á merced y arbitrio de sus enemigos, en cuanto sus temeridades les traían daños, de los

que pudiera tocar un ápice no más á sus empolvadísimas pelucas ó á sus adobadas epidermis. Los dos Goncourts, ingeniosos autores de un retrato del publicista, le alaban por ir al arma blanca y ciegamente hacia el asalto de las barricadas revolucionarias y luego critican acerbamente á la nobleza por dejarlo solo en el combate y creer que hacía bastante por él aplaudiéndole sus facezías. El austero Loustalot decía de él que si la corte no le daba pensión alguna, cuando tantos servicios le hiciera, Suleau aparecía como un verdadero inocente. Y lo era, pues, en medio del retraimiento de la nobleza, que se abstenía suicida del combate, ó se marchaba demente á la emigración, manteníase erguido, valeroso, nerviosísimo, agitando sus sonajas, tañendo su parche acompañado de platillos y chinchines, subiendo por una escala de sacrificios desde las tablas del bufón divertido á las alturas del verdadero mártir. Compañero en la escuela de Camilo Desmoulins; aprovechado escolar en todo lo que no fueran matemáticas y cálculos; irreflexivo é irrespetuoso; con temperamento heróico, si de lengua y pluma ponzoñosísimas; un día preso y otro día escapado; ya viviendo en Alemania de dar lecciones, ya refugiado en Coblenza para maldecir de la emigración perpetuamente; guardando bajo gracias excépticas creencias profundas; resuelto á la pelea, si quier muchas veces cambia la espada noble de los desafíos históricos por la puñalada trapera de los asesinatos á traición en sus innumerables artículos y en sus varios estilos; aunque sentía la mayor desesperación respecto de lo porvenir y de la suerte que reservaba el destino á sus dioses y á sus ideas; aunque pensaba que todo individuo sacrificado sin necesidad á intereses vagos y colectivos, es un animal de instinto depravado, que tarde ó temprano se corregirá por la doble prueba que habrán de ofrecerle, así la injusticia como la ingratitude; corre á defender, entre los incendios y los estremecimientos de la revolución, aquello y aquellos que no le reconocieron el esfuerzo, ni se lo pagaron jamás con ningún agradecimiento, muriendo esa muerte, por la cual se rescata el hombre de innumerables faltas; la muerte del mártir, al recibir aquel bautismo de sangre, que, según la Iglesia, lava todas las culpas, y abre al mayor malvado de par en par las puertas del Empíreo.

Pasemos á la continuación general de esta historia, detenidos corto espacio ante un episodio tan grave y tan instructivo, como el episodio que acabamos de relatar. Sabida es la frecuencia, con que un populacho sin corazón y sin responsabilidad colgaba, en aquella fiebre revolucionaria, de las linternas el primer infeliz que les parecía sospechoso de traición. Así no dejó de tener valor, en medio de aquella cacería, el arresto con que desafiaba un publicista solo, cuyas espaldas nadie podía guardar, todas las cóleras populares, de suyo siempre terribles, más terribles que nunca en aquellas ocasiones, cuando solían los ánimos excitarse mutuamente unos á otros y llegar por estas mutuas excitaciones todos á infernal temperatura. Suleau explicaba esto diciendo que por costumbre solía mirar en las calles los faroles para saber cuál sería su horca, pues desde su cuna sentía propensiones

de ahorcado. Con este descuartizamiento de un escritor, despedazado por la plebe, comenzó la terrible mañana del diez de Agosto, crimen perpetrado muy cerca del Palacio y muy cerca del Congreso que unían aéreos arcos, los cuales rebosaban á tal hora de gentes en absoluta subversión. A la simple vista parecía la defensa formidable; mas, con sólo detenerse un minuto á estudiarla, veíase cuán poca resistencia ofrecerían legiones animadas por afectos y por pensamientos contrarios. Hemos dicho arriba que los diez y seis batallones del pueblo consagrados á la defensa y esparcidos en pequeños grupos, únicamente sumarian tres mil soldados, y esta corta suma bástanos á demostrar cuánta inercia oponían los populares más realistas al socorro de su Realeza. No estaban aquellas huestes unidas con ideales y afectos comunes; daban el cuerpo á las Tullerías, el espíritu á la revolución. Solamente ofrecían seguridad al Rey los extranjeros, los pobres suizos, mercenarios que subían la merced á dogma, y por su paga se creían obligados á quien los mantenía con sueldo, hasta desobligarse de sus hermanos, los populares, y olvidar su causa, la República. Severos, silenciosos, hechos por la disciplina figuras mecánicas, el contrato los esclavizaba de suerte que no sabían, en su rigidez propia y bajo el rigor de sus conciencias, pensar, ni moverse por sí mismos, exentos de creencias y de pasiones, al extremo de combatir y matar, sin deliberación, ni conciencia, por causas que no amaban y contra causas que preferían, vomitando fuego cual pudieran los cañones y los fusiles, en la seguridad de que, al cumplir su consigna, sin examinarla, y menos discutirla, cumplían su misión sobre la tierra, y honraban á su patria, y obedecían á su Dios. Sin embargo, rodeados por una parte de aquellos milicianos que llevaban sus fusiles al Rey mientras sus almas al pueblo, aseguraban unánimes no ir en el cumplimiento de sus deberes allende la raya donde fueran los soldados franceses. Mas ofrecía un contraste bien de relieve y de bulto aquella continua movilidad de los milicianos, yendo de un punto á otro; gesticulando con todo su cuerpo; tan prontos á formar círculos donde se comunicaban sus impresiones y sus noticias como á romperlos, para marcharse cada cual por su lado; con aquellos suizos que merecieran en la especie humana prestar su nombre á la fidelidad como en las especies inferiores el perro; sentados en los escalones de la gran escalera regia como en un museo los objetos; el fusil entre las rodillas; silenciosos, indiferentes; dormitando mientras no los llamasen al deber y dormitando entre los reflejos de las antorchas que alumbraban á varios destacamentos, el són plañidero de las campanas que parecían afligirse por la triste suerte de tantas víctimas como se apercebían al sacrificio, el rumor de innumerables ideas y aspiraciones lanzadas por todos los soldados no compartidas por ellos, pues eran como témpanos de nieves eternas más duraderos que los mármoles, cuando no se derretían á las llamaradas y á las erupciones de aquel hirviente y fragoroso volcán. El suizo tenía consigna; el miliciano ignoraba la suya. Componían un solo cuerpo en la guardia helvecia el destinado á mandar y el destinado á obedecer; en la guardia nacional el sol-

dato no conocía sus oficiales, el oficial no se fiaba del soldado, divididos en lo que más junta los hombres, en creencias políticas. De valor no se diferenciaban, impetuoso el galo de las llanuras, el hijo de los Alpes incommovible; mas ambos al igual valerosos diferenciándose de suyo en que mientras los unos discutían entre sí, los otros callaban. El silencio corresponde á los campamentos como el verbo á las escuelas. Cuando César oyó hablar con inagotable garrulidad en Farsalia y sus campamentos á los soldados de la República, creyólos perdidos, pues sus veteranos eran dueños de la victoria, porque sus veteranos miraban á su general y no decían una sola palabra. Los suizos aguardaban el ataque sentados, inmóviles, petrificadísimos; mas, en las muchedumbres populares armadas, cada cual explicaba un plan de combate, y al explicararlo, se creía con un general en su cuerpo. El sentimiento, que predominaba sobre todos los sentimientos, en la Milicia nacional; el que no encontraba ninguna excepción, pues parecía fórmula unánime de todos los labios, sumo sentimiento único de todos los corazones era éste, que no debían disparar un tiro los hijos del pueblo contra los hijos del pueblo.

Nadie puede formarse idea verdadera de lo que pasaba entonces entre los franceses, del todo subvertidos, como no llegue á colocarse el pensamiento en la masa caótica é informe de una revolución radical, donde todos los gérmenes componentes de la futura sociedad nuestra, hecha entonces un verdadero protoplasma, hervían á una y sin descanso. Lo que llama la Geología el período primitivo de la tierra; lo que llama la Historia el período prehistórico; lo que llama el caos la Biblia; eso es una sociedad, como la improvisada en el hervor de la revolución, aunque proveniente del movimiento religioso y del movimiento científico y del movimiento artístico y hasta del movimiento celeste y planetario, que había ido imprimiendo á los espíritus el curso de las edades en sus difusiones de luz etérea y de calor vivificante, pues el mundo social se ha ido formando poco más ó menos como se ha formado el mundo físico, según la hipótesis de Laplace, no desmentida por hecho ninguno, confirmada más bien por todos los fenómenos observados desde que su autor sublime la expuso hasta nuestros días, y aun por los fenómenos inscritos en las tablas y en las memorias y en los libros astronómicos de la más remota y primitiva ciencia. Como era un período caótico el período revolucionario, no estaba institución progresiva ninguna bien determinada; el poder supremo bien definido; la Cámara bien segura de sus facultades; el Rey enterado bien de su autoridad propia; las instituciones recién creadas en aptitud y disposición de dar los frutos pedidos á su naturaleza benéfica y á sus indispensables aplicaciones. El comienzo de todo y de todos, es cosa difícilísima. En la cuna, el divino Platón apenas se diferenció de aquellos que debían ser imbéciles ó de aquellos que nacieran destinados á hombres vulgares y ordinarios. Mirad la palmera frondosa, con su tronco parecido á gallardísima columna, su diadema de palmas, sus racimos de áureos dulces frutos, sus lluvias de polen, su edad secular; podrá destacarse la copa en

el horizonte y prenderse la raíz en el suelo, desafiando á los árboles más gigantes y más esbeltos en gallardía y á los más antiguos en duración; pues ha nacido de un tallo débil que cualquier insecto puede doblar y este tallo á su vez de un dátil, ó hueso de dátil, que cualquier vienteillo puede llevarse. Pues lo mismo las instituciones modernas en sus comienzos; indefinidas é indefinibles, confusas, indeterminadas; con las enfermedades y la debilidad y la impotencia del niño en su primer semestre, mayores que las enfermedades, la debilidad, la impotencia del viejo, diferenciándose tan sólo, niño de viejo y viejo de niño, en que sobre la cuna siempre la esperanza riela y sobre las cercanías de un sepulcro reinan el desengaño y la tristeza. El Rey no era entonces, ni bien absoluto, ni bien parlamentario; la Constitución, recién escrita, se borraba con facilidad al menor soplo; no estaba seguro el Parlamento de á dónde concluían sus facultades, ni desde dónde comenzaban; el poder judicial, mezcla otro tiempo de atribuciones jurídicas y caracteres legisladores, con dificultad se contenía dentro de su esfera y se conformaba con su restricto ministerio; cada poder invadía los dominios del poder análogo y vecino; cada institución chocaba con las instituciones afines, daño tan grande para todos, como si en el sistema solar nuestro pudiesen chocar entre sí los planetas; al lado de las Asambleas legítimas y constitucionales veíanse los clubs en permanencia discutiendo y legislando como si cada uno de ellos tuviese autoridad propia legítima; el Departamento, la Diputación provincial, se creía un Ministerio y un Congreso y una Corte suprema de Justicia; el Ayuntamiento absorbía todo el espíritu y tomaba todo el jugo de tan magno Estado, sobreponiéndose á Monarcas, Tribunales, Cámaras, Ministerios; y las fuerzas armadas no podían menos de tomar los temperamentos anárquicos del resto social, convirtiéndose así los cuarteles, sitios de silencio y obediencia, en sitios de discusión y de rebeldía. Reflexionando un poco acerca del problema social, nadie puede maravillarse de que las fuerzas destinadas en el amanecer de aquella mañana del diez á la defensa real, adolecieran, como de opiniones contradictorias, de tendencias enemigas y no pudiesen obedecer á la unidad de acción y de pensamiento, consustancial con toda institución verdaderamente militar. Había, entre aquellos milicianos, quien deseaba destituir al Rey por traidor, y quien lo colocaba, como única esperanza del pueblo, en la cumbre de todos los poderes, y pedía su regreso al absolutismo en bien de la patria; unos caían de rodillas ante las ventanas del Palacio pidiendo bajara el Mesías de allí, mientras otros los puños crispaban amenazando al Palacio con las más terribles amenazas, pues el sentimiento de los realistas por el Rey, rayaba en idolatría, mientras el sentimiento de los liberales contra el Rey, rayaba en rebelión; los suizos aguardaban la orden de atacar muy conformes con el cumplimiento de su consigna y la sujeción á su disciplina, mientras los cañoneros de la Milicia, encendida ya la mecha en sus manos, aseguraban hallarse dispuestos á dirigir sus cañones contra la corte antes que contra la plebe; cruzándose así órdenes contradictorias, movimientos des-

ordenados, dichos, ó reaccionarios como si nada hubiera pasado de nuevo en la tierra, ó revolucionarios al punto de convertir las Tullerías en un club jacobino; conatos de acciones en que latían los sentimientos más contradictorios, al extremo de abandonar muchos militares el puesto donde se hallaban apostados é irse de corro en corro á proclamar su complicidad con la subversión aquella y á decir no dispararían un tiro contra los rebeldes. Cuenta Luis Blanc en su *Historia* de los diez años que, al pasar Luis Felipe, allá por la Revolución francesa contra Carlos X, nombrado lugar-teniente del reino, sobre las barricadas de Julio, por los barrios populares, oía gritos de ¡Viva la República!, mientras, al pasar por los barrios burgueses, gritos de ¡Viva la Constitución!; y al pasar por los barrios aristócratas y ricos; sobre todo ricos, porque los aristócratas estaban en cuerpo y alma con el destronado monarca, gritos de ¡Viva el Rey Constitucional! Algo semejante sucedió con el Emperador Napoleón, según Mr. Thiers cuenta, cuando volvió del pasajero cautiverio en la isla de Elba. Primero se gritaba ¡Viva el general! en los bordes y orillas del Mediterráneo; después en los campos meridionales se gritaba ¡Viva Napoleón!; y al acercarse á París se gritaba ya ¡Viva el Emperador! Esto contaba precedentes en la noche del diez de Agosto, que oyó un grito diverso de cada batallón del pueblo armado, según los barrios de que iban expedidos y consignados á la defensa del Palacio. Los documentos políticos sumados para componer la historia parlamentaria de aquella crisis no me dejarán mentir. Llegaron á las Tullerías aquella noche, tras los nobles y los suizos, primeramente los batallones, que habían tenido por jefe civil á Bailly, por jefe militar á Lafayette, los cuales dispararon sobre las turbas del Campo de Marte y respondieron á los votos hechos por la destitución del Rey en peticiones públicas sobre los altares de la patria con descargas cerradas. Por consiguiente, restos aquellos batallones del desorganizado partido constitucional, defendían la Constitución, y con la Constitución misma el Monarca, que si no la defendía, ni observaba, en el ejercicio de la libertad y en el movimiento de las instituciones debía representarla. Cosa parecida pasaba en aquel momento á las Milicias de todos los barrios burgueses llamados batallones de los Mínimos y de las monjas de Santo Tomás, por los nombres de sus circunscripciones respectivas. Pero, desde los nobles encerrados dentro del Palacio y los suizos puestos en las regias escaleras á los grupos destacados en las galerías y en las terrazas de fuera, todos consignados á la defensa de los Reyes, el pensamiento político se rompía en matices muy opuestos los unos contra los otros, por medio de bruscos y muy chillones contrastes. Los pertenecientes á las agrupaciones proletarias, educados en los clubs, lectores asiduos de las hojas republicanas; con las fórmulas radicales en los labios que corrían diseminadas por las calles; acostumbrados á una enemiga implacable hacia los reyes; creyendo de Luis XVI que era un traidor y de Antonieta una austriaca puesta en acuerdo y connivencia con los irruptores para perder á Francia y suprimir la libertad, no comprendían